



**ULTRALUZ**

LEDICIA COSTAS



ESPASA es POESÍA

# ULTRALUZ

Ledicia Costas



ESPASA ES POESÍA

ESPASAesPOESÍA

© Leticia Costas, 2024  
en colaboración con Agencia Literaria Antonia Kerrigan  
© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Espasa, sello editorial  
de Editorial Planeta, S. A.

Título original en gallego, *Ultraluz*  
Versión en castellano de la autora

*Primera edición: octubre de 2024*

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 14.196-2024  
ISBN: 978-84-670-7370-6

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España / *Printed in Spain*  
Impresión: Liberduplex

Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



*Seguir viviendo consistía en dejar ir todo. Mi familia estaba muy ocupada matándose a trabajar como para reparar en mi decadencia. Cuando se hizo muy obvia ya fue tarde para intervenirla y se me había hecho piel.*

De *La mala costumbre*, de Alana S. Portero

*He venido a ver la escultura llamada El silencio eterno porque dicen los chavales del uptown que si te atreves a mirar a la cara al tipo de la capa, sin pestañear y durante un buen rato, puedes llegar a ver tu propia muerte y yo esperaba que mi muerte lsería provocada por el mordisco de un monstruo!*

De *Lo que más me gustan son los monstruos*, de Emil Ferris

*Pero no fui ningún fantasma:  
respiré y comí,  
di pasos que se oían  
y las huellas de mis dedos  
tuvieron que haber quedado en las puertas.*

De *Fin y principio*, de Wislawa Szymborska

episodio primero

Coger del alfiletero la aguja más gruesa. Vertebrar una costura para que el corazón no se deshilache. Zurcirlo con punto de cruz. Dibujar gotas, estrellas y cráteres.

También las paredes de los cuartos de los recién nacidos están llenas de bordados que asustan hasta a los monstruos de la infancia. Las paredes de los recién nacidos son sangre y gritos y cuentos de invierno. Y siempre nieva, porque en la blancura reside el drama, pero también las horas de felicidad más elástica.

Hace un siglo todo era de verdad. Desde los volantes de los vestidos hasta la crueldad de las ortigas que me mordían las piernas. Y las mañanas de sábado, trazando el episodio primero de todo lo que vendría más tarde.

Las vísceras me observan desde la vitrina. Y yo a ellas. Imagino que me devoran y luego escupen las coletas. Las gomas del pelo son tan indigestas como el insulto de un niño.

Recogemos la sabiduría de nuestra estirpe. Somos te-  
lépatas, prestidigitadoras, cazarrecompensas. Por eso  
todos estos versos. La poesía es un estigma voraz.  
Aquí está.

Un día abrí los ojos delante de un espejo,  
había tres respuntes cruzándome la frente en  
[horizontal.

Nunca había reparado y llevaban milenios ahí, en  
[silencio,  
escarbando en cada respiración una medida  
[imperceptible de piel.

Todos los bosques que has transitado caben en una  
[exhalación,  
todas las playas son la misma playa  
y tú una réplica de las dos edades.

Un día abrí los ojos delante de un espejo  
como cuando encontraba huevos de dragón en los  
[días de niebla.

Vi un zorro peinando la cola con un cepillo de nácar  
su mirada era un grito estridente,  
quise abrazarlo



él tan solo ansiaba apuñalarme,  
lo supe tan solo con mirarlo.

Que de obligarme a escoger entre las costuras y el  
[animal  
yo siempre escogería Oz,  
no me interesa especialmente ser adulta ni inflarme,  
el nivel de saturación del helio es insoportable.

Y no creerás esto:  
fuera cantaban las alimañas desde un hoyo oscuro  
conspirando para consumir el asesinato.

A veces pienso en aquel lugar y no sé si todo fue un  
[sueño,  
las paredes estaban invadidas por la hiedra  
y cada uno de los brazos verdes tenía una doble  
[intención:  
enroscarse en tu cuello hasta estrangularte  
o enroscarse en tu cabello para que arraigasen flores  
[únicas.

Siempre a caballo entre la fantasía y la muerte,  
pero jamás la desgana.

Lo importante es que allí dentro  
sucedían cosas que duraban más de un instante  
y podías habitar la verdad,  
como el alce con nieve en la cornamenta  
y una lágrima congelada en la mejilla.  
Galopaba en círculos y círculos sobre el café de la taza,  
buscando una libertad imposible.

O aquel hombre,  
no era humano y arrastraba circuitos eléctricos  
como quien va plantando ideas  
en aquellos puntos donde la tierra es literatura.

La cabina telefónica tenía la mala costumbre de  
[tragarse las monedas  
como un espíritu fabricante de oro sin cara,  
y tú te metías una carpa en la boca  
con el empeño de lograr que las escamas fuesen  
[estrellas en ese cielo.

Ni una sola noche más sin luz, repetías,  
por eso yo siempre quería volver,  
y todavía hoy.

Las risas y gritos infantiles huyen del patio,  
cruzan la calle,  
sobrevuelan los vehículos,  
esquivan todo lo que encuentran en el camino  
y acaban pidiéndome explicaciones  
mientras yo observo en silencio con cara de sepulcro.

Ese altar que es la infancia,  
tiene esporas estambres y estramonio en la dosis exacta  
para que vomites y sobrevivas.

Es una fantasía que te salgan antenas y alas irisadas  
cuando recuerdas la tristeza de la emperatriz,  
pero sucede.

Sucede también  
que quieres escribir la historia de tus propios delirios,  
todo aquello que sucedió cuando medías ciento veinte  
[centímetros  
porque tienes derecho a todas las réplicas,  
a narrar los desastres

a cometer tus propios asesinatos.

Tanto como a no perder la fe.

No me gusta que la muerte ronde la casa familiar

chillan las flores en el pasillo  
y pienso en un pescado abierto al medio,  
estirado como un murciélago  
con la espina pegada a la carne.

Es una forma extraña de tatuarse la destrucción,  
a veces veo víboras y *azotamientos*,  
ese olor a mar cosido en las puntas de los dedos,  
el cuerpo de una vieja colgado de un árbol.

Una nana llega transportada por la misma brisa  
que mece el cadáver adelante y atrás, adelante y  
[atrás, adelante y atrás  
como en un balancín.

Ojalá poder vaciarme debajo de la cama  
o triturar los monstruos en una picadora,  
tragaría cada bola de polvo  
si así prendiesen dos plantas de algodón

(una en cada bronquio),  
si así dejase de sonar ese órgano.

Que cesen los salmos,  
por favor, que cesen los salmos.

Era esa época en que la helada presidía el mundo  
y siempre invierno.

Se congelaba la noche,  
se congelaban las marcas de las lágrimas en la tierra,  
se congelaban las aves en un cielo de esmalte delicado  
[y febril.

Había muchos rostros albinos  
los agujeros, las larvas.  
Un insulto tanto frío  
y tan pocos lugares donde establecerse sin riesgo de  
[inanición  
o a ese castigo que se enquistaba entre las vértebras.

Para que no olvides que el frío es Dios  
y tú no sabes rezar,  
tan sólo perseguir las bolas de polvo y tragártelas de  
[una en una,  
de una en una.

Tu hálito tiene los matices de una casa abandonada.



Adoro los campos cuando nadie corta la hierba,  
la brisa peina esa melena y tengo la visión de una  
[locomotora  
escucho el trino de un bebé pájaro  
y el llanto desconsolado de un hombre de paja.

Existen animales que solo he visto en fotografías o  
[sueños.  
Ojalá una comadreja trazando ondas con su lomo,  
ojalá un ave blanquísima convocando todos los  
[espectros.

Desde este lugar privilegiado  
podría prender diamantes en el vientre de una  
[luciérnaga  
y hacer magia para ti,  
para ti, paratí, paratiparatí.

Tal vez esta postal sea perpetua.

Tengo una réplica diminuta,  
vive dentro pero siempre acaba saliendo,  
atraviesa mi esternón,  
me perfora el pecho con la cabeza y anuncia:  
«Ya estoy aquí».

Se cuelga de las piernas  
y me observa colgada del revés  
como el cadáver de una vaca.

Si digo una mentira me lanza un dardo,  
si se me escapa una lágrima se disfraza de antílope  
y respira muy cerca,  
siento cómo infla y desinfla el vientre,  
ese momento de calma debería ser eterno.

Cuento las motas de su cuerpo,  
la llamo mutación genética y farsante  
rompemos a reír.

Cuando no puede más se acurruca contra la pared  
y empieza a temblar,  
yo quiero abrazarla, ella se vuelve humo.

Abro la boca y vuelan nubes con formas de  
[animales  
aunque no todos son de este mundo  
ni todos son pacíficos  
ni todos están en paz.

Acepto la pérdida, la ruptura, la partida,  
acepto la necesidad de huir  
pero pido que regrese una vez más.  
Solo una.

Un incendio alcanza su estado de gracia  
cuando consigue que la tierra escupa ceniza  
como el agua que vuela del espiráculo de una ballena.

Me pregunto hacia dónde huyen las criaturas que  
[sobreviven  
si sufren paros cardíacos,  
si tienen lágrimas,  
si padecen depresión.

Caminar por un bosque quemado  
es domesticar el dolor;  
las raíces de los árboles centenarios se aferran al vacío,  
ahora son aéreas y no lo saben.

Metó las manos en este poema y agarro las brasas,  
el horizonte está calcinado,  
es inevitable pensar en el año sin verano,  
en aquel corazón tan brillante envuelto en papel de  
[periódico,  
en la necrológica del día siguiente.

Todo es negro como los ojos de un pájaro inmóvil,  
presa del terror,  
negro como las campanadas que anuncian la muerte.

Un cuervo hace *tap tap tap* con las patitas en la tierra.  
Ignora que ahí abajo hay una fosa común.

¿Quién rezará por ellos?

Puedes postrarte a los pies del manzano  
y pegar tu rostro hasta que consigas oír  
el pulso subterráneo.

Hay tanta vida ahí abajo como en un cuento de  
[Beatrix Potter;

querría reptar por esos túneles,  
llamarme Avellana o Almendra  
y tener las orejas blancas,  
nutrirme de fruta e insectos e hibernar  
hasta el final de la glaciación.

Ahí abajo el mundo se desdobra como en un espejo,  
cada túnel oscuro es una entrada  
al País de Ultraluz.

Qué espectáculo contemplar  
las escenas de este teatro:  
están los ponis que abandonaron los carruseles,  
un oso que hace malabares con pelotas de colores,  
un bebé elefante.

Todo eso puedes ver si cierras los ojos,  
cuando los abres el País de Ultraluz desaparece,  
cae el telón  
y todo vuelve a ser negro

maldigo los ojos de pájaro.

Este insecto es una ofrenda  
míralo bien: brilla como estrellas de mentira.

Atravesarlo con un alfiler sería un sacrificio cruel  
y resulta que los museos de historia natural  
están llenos de catálogos de cadáveres  
atravesados sin pena.

¿Cómo será un corazón disecado?  
¿Y la sonrisa de una madre?  
Ojalá una réplica eterna.

En el último sueño había ojos observándome  
desde la grieta de un árbol,  
los respuntes de la corteza  
eran costra o herida o una sequía  
o quiero gritar bajo la tormenta.

Que se precipiten las ballenas en el cielo  
y caigan las estrellas en picado,  
pero que no te rocen.